

V

OTRO ASPECTO DE LA LÍNEA DE COMBATE

Octubre de 1914.

¿Pero dónde ocurrió esto?... Una de las particularidades de la guerra actual consiste en que, no obstante mi costumbre de manejar mapas y planos, y no obstante la excelencia de detalles de los que llevo para mi uso, nunca sé en qué sitio estoy... En fin, esto ocurría indudablemente en alguna parte. Más aún, tengo por desgracia la seguridad de que acontecía en Francia. ¡Y hubiera preferido tantísimo que acaeciese en Alemania, puesto que se hallaba muy cerca y bajo el fuego de las líneas enemigas!

Desde la mañana, había viajado en automóvil, atravesando no sé cuántas poblaciones, grandes o pequeñas. Recuerdo esta escena, en un pueblo

donde me detuve, y que nunca, ciertamente, habría visto omnibus automóviles, ni tantos soldados, ni tantos caballos como entonces. Allí condujeron a unos cincuenta prisioneros alemanes, sin afeitarse, sin cortar el cabello, muy feos; no afirmaré que tenían aire de salvajes, pues sería adularlos, porque casi todos los salvajes auténticos, los que viven en los bosques, poseen cierta distinción y cierta elegancia; no, el aire de aquellos prisioneros era el aire de granujas, la fealdad tosca, estúpida, irremediable. Una muchacha guapa, y de conducta equívoca, a juzgar por su aspecto, con adorno de plumas en la cabeza, se había colocado para verlos pasar y los examinaba con desencanto mal disimulado : « ¿Entonces, dijo, estos cocos son los que su sucio kaiser nos ofrece para embellecernos la raza?... ¡Ah! ¡Pues, verdaderamente! »... Y, para dar más vigor a la frase no concluída, escupió al suelo.

A continuación, durante una o dos horas, campos solitarios, grandes bosques amarillentos, selvas sin hojas, que, bajo el cielo gris, resulta-

ban interminables. Sentíase frío, frío áspero y penetrante, como casi no se conoce en mi Suroeste francés, y que produce la impresión de los países del Norte. De tarde en tarde, un pueblo, por el cual habían pasado los bárbaros, nos mostraba sus ruinas ennegrecidas por el fuego; pero nadie habitaba ya en él. Acá y allá, a los lados del camino, veíanse modestas sepulturas, solitarias o agrupadas, montículos recientemente removidos, recubiertos de follaje y ostentando por remate una cruz hecha con dos troncos : soldados, cuyos nombres quedarían para siempre en el olvido, cayeron allí exámenes y allí agonizaron y sucumbieron sin auxilio alguno... Apenas si vislumbrábamos las tumbas, dada la rapidez de nuestra marcha, que acelerábamos más y más, a causa de la noche, muy prematura en este final de Octubre. A medida que avanzaba la tarde, una niebla casi invernal iba espesándose y extendiéndose como un velo mortuario. Silencio más sombrío que en los alrededores pesaba sobre toda esta región, de la cual habían sido expulsados los bárbaros, pero que guardaba aún

2.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

1925 MONTERREY, MEXICO

el recuerdo de tantas carnicerías y de tantos furores, aullidos e incendios.

En mitad de la selva, cerca de un caserío que únicamente conservaba en pie lienzos de muros calcinados, y una junto a otra, ví dos tumbas; me detuve ante ellas; una muchachita, como de doce años de edad, estaba allí, completamente sola, arreglando frescos ramilletes, con algunos humildes crisantemos de su jardincillo devastado y con flores silvestres, escabiosas tardías cosechadas en aquellos fúnebres contornos.

— « ¿Conocías tu, hijita, a los que ahí descansan?

— ¡Oh! no, señor. Pero sé que eran franceses... Los ví cuando los enterraron... Señor, eran jóvenes; aún no les había concluido de brotar el bigote.

No aparecía inscripción alguna en las cruces que el invierno derribará en tierra y que prontamente quedarán desmenuzadas entre la hierba. ¿Quiénes eran? ¿Hijos de labriegos, de burgueses o de hacendados aristocráticos? ¿Quién los llora? ¿Una madre con amplios y elegantes velos

de crespón, o una madre con modesto luto de lugareña? De cualquier modo, aquellos y aquellas que los amaban finarán su existencia sin saber nunca que esos amados seres se han convertido en tierra allí, a orillas de un camino solitario del extremo Norte, — ni tampoco sabrán que esta graciosa niñita, cuya casa ha sido destruida, ha llegado a ofrecerles florecillas, una tarde de otoño, mientras que el frío caía intensamente, con la noche, sobre la selva circunvecina...

Más lejos, en cierto pueblo donde se ha establecido el Comandante de un ejército, un oficial ocupa un asiento en mi automóvil para guiarme hacia un punto determinado de la inmensa línea de batalla.

Una hora más de camino, muy de prisa, a través de las soledades. Entretanto dejamos atrás uno de los largos convoyes de ómnibus automóviles, antaño parisienses, que, desde que comenzó la guerra, se han convertido en despachos ambulantes de carne. En los sitios donde se sentaban burgueses y burguesas, vacas abiertas en canal

se balancean, chorreando sangre, colgadas de garfios. Si no se supiese que allá, en la lejanía de los campos, hay cientos de miles de hombres a quienes alimentar, se preguntaría con qué objeto se acarrea todo esto, cruzando el desierto que vamos recorriendo a máxima velocidad.

La luz mengua mucho, y se comienza a oír el continuo rimbombar de una tormenta que parece desencadenarse a flor de tierra. Ahora bien, este trueno retumba sin interrupción a lo largo de una línea sinuosa que va desde el Este hasta el Oeste de Francia, y en la cual, diariamente y por desgracia, se amontonan los muertos.

« Hemos llegado », dice el oficial que me guía. Si no me fuesen ya conocidos los aspectos nuevos que los alemanes han dado a las líneas de combate, creería, a pesar del cañoneo, que mi acompañante se equivoca, porque, a primera vista, no se divisan ejércitos ni soldados; estamos en un paraje siniestro, en una amplia meseta donde la tierra gris aparece pelada y reducida a fragmentos, donde acá y allá vense árboles más o menos destrozados como por algún cataclismo

de rayos y de granizos; hay carencia absoluta de vestigios humanos, ni siquiera las ruinas de un pueblo; nada que marque tal o cual época de la Historia, ni aun de la geología. Y, como se distinguen a lo lejos inmensos horizontes de bosques, que van por todos lados a perderse en las nieblas casi negras del crepúsculo, el viajero podría creer perfectamente que se había remontado a los períodos primitivos del mundo.

« Hemos llegado » — esto significa que se impone la conveniencia de ocultar nuestro automóvil detrás de los árboles, para no atraerle una rociada de proyectiles y para no exponer a nuestros mecánicos a que caigan muertos a balazos, — porque hay allí, en la fronteriza selva que la niebla envuelve, muchos malvados ojos que nos acechan, y gemelos maravillosos que les aguzan la vista hasta prestarles la perspicacia de las magnas aves de rapiña. Así, pues, para llegar hasta la línea de fuego, nuestro deber es continuar el camino a pie.

¡ Qué suelo tan raro ! Está acribillado de esos agujeros que abren los proyectiles de artillería

y que se asemejan a gigantescos embudos, y además aparece arañado, desgarrado, sembrado de balas cónicas, de cartuchos metálicos vacíos, de fragmentos de cascos puntiagudos y de otras suciedades bárbaras. ¡ Pero esta región, que parecía desierta, se encuentra, contra lo que parece, muy poblada ! Sin duda son trogloditas sus pobladores, porque las viviendas, diseminadas bajo los árboles e invisibles a primera vista, son algo así como cavernas o toperas, medio recubiertas de ramas y de follaje; antaño, en la isla de la Pascua, contemplé ejemplares de arquitectura análoga... Y en este amplio escenario de selva sin edad, tales moradas humanas completan la impresión, experimentada ya, de un retroceso a la hondura de los tiempos.

En verdad, correspondía de derecho a los prusianos el hacernos retrogradar de tal modo. La guerra que, en otras épocas, era una cosa elegante, donde se maniobraba a la luz del sol, con músicas y con vistosos uniformes; la guerra, se ha convertido por ellos en un acto solapado y feo; la practican como animales za-

padores. Y, naturalmente, hemos tenido que imitarlos.

Mientras tanto, acá y acullá, surgen cabezas y van apareciendo los habitantes de las madrigueras, para ver quién llega. Y ni los rostros de esos habitantes, ni los quepis que cubren las cabezas, tienen el menor aspecto prehistórico : son rostros de soldados franceses, con aire saludable y de buen humor, con el aire regocijado de estar viviendo allí como conejos. Un sargento avanza hacia nosotros, tan lleno de tierra cual un topo que no hubiera tenido tiempo para asearse, pero su semblante muestra una simpática expresión juvenil y alegre. — « Bueno, hágase acompañar de dos o de tres hombres, le dije, y vayan a desbalijar mi automóvil que está ahí, detrás de esos árboles; en él hallarán un millar de paquetes de cigarrillos y un montón de periódicos ilustrados que los parisienses y las parisienses envían a ustedes, para ayudarles a pasar el rato en las trincheras. » — ¡ Qué lástima que no me sea posible hacer llegar, como testimonio de gratitud a los amables donantes, todas

las sonrisas de satisfacción con que han sido acogidos sus regalos!

Aun tenemos que recorrer a pie uno o dos kilómetros para llegar a la línea de fuego... Viento glacial sopla viniendo desde los bosques fronterizos, cada vez más anegados en oscuras nieblas, bosques hostiles donde retumba esa aparente tormenta. Resulta lúgubre el crepúsculo vespertino en esta meseta socavada por las toperas, y admiro que puedan estar alegres, nuestros queridos soldados, en este ambiente de desolación.

Caminando por el suelo acribillado, donde los chaparrones de metralla apenas si han dejado, muy de trecho en trecho, un tallo de hierba, una ramita de musgo o una humilde flor, llego ante todo a una línea de defensa que se prepara, y que será la segunda, en el caso improbable en que hubiese que ceder la primera, situada más adelante. Nuestros soldados, convertidos en cavadores, trabajan en ella empuñando la pala y el azadón muy resueltos y muy animosos, apresurándose a terminarla, y resultará terrible y se encontrará rodeada de las peores acechanzas.

Los alemanes, lo concedo sin discusión, fueron los que imaginaron, en sus cerebros prusianos y pérfidos, todo este sistema de galerías y de cepos; pero como nosotros somos más sagaces que ellos y poseemos mayor viveza de ingenio, en pocos días los hemos igualado, si es que no los hemos superado.

Un kilómetro más, y nos hallamos en la primera línea. Está llena de gente esta trinchera, que contendrá el empuje de los bárbaros; así de día como de noche se encuentra pronta a erizarse de fusiles. Y los que allí viven, soterrados a medias en este momento, saben que de un minuto a otro los cañones reemprenderán su riego cotidiano, arrancando las cabezas que entonces se asomen, reventando los pechos o despedazando las entrañas. Saben también que a cualquier hora imprevista, a la palida luz del sol o en la obscuridad de la media noche, se precipitarán contra ellos oleadas de los bárbaros que llenan aún el bosque frontero; saben que los enemigos llegarán corriendo, lanzando gritos para intentar producir espanto, o codo con codo, formando

una masa compacta y furiosa, y saben asimismo que, antes de enredarse para morir en nuestras punzadoras alambradas, encontrarán, como siempre, medios de ocasionar mucho daño. Saben todo esto, porque ya lo han visto, pero, no obstante, se sonríen con grave dignidad. Pronto hará ocho días que sirven en esta trinchera, aguardando el relevo que va a venir, y no se quejan de nada: « Estamos bien alimentados dicen, comemos hasta hartarnos. Mientras no llueve, se pasan las noches a gusto, en estas zorreras, con una buena manta. Pero no hay trajes interiores de lana en cantidad bastante para todos, y, como el invierno está encima, los necesitaremos pronto. Cuando vuelva usted a Paris, mi coronel, acaso podría usted recordar esto al Gobierno y a cuantas señoras trabajan para nosotros.

(*Mi coronel*, es el único título que emplean los soldados para dirigirse a los jefes que ostentan cinco galones. Durante la última expedición a China, ya había sido yo *mi coronel*, pero no esperaba volver a serlo, ¡ay!, con motivo de una guerra en el territorio de Francia.)

Los que hablan conmigo, desde el borde o desde el fondo de esta trinchera, pertenecen a muy distintas clases sociales; unos fueron elegantes y ociosos, otros obreros y labriegos; y hasta hay algunos, con el quepis demasiado torcido hacia la oreja y con acento de arrabal, y en cuyo pasado indudablemente es preferible no profundizar, que se han convertido aquí no sólo en buenos muchachos, sino también en muchachos valerosos. Esta guerra se ha encargado de suprimir entre nosotros las distancias sociales, y a la vez nos ha purificado y engrandecido: los alemanes, a despecho de su voluntad, nos han hecho por lo menos este bien, que ciertamente es muy estimable. Y, además, nuestros soldados saben hoy todos por qué se baten, y en ésto consiste su suprema fuerza: la indignación los estimulará hasta que exhalen el último aliento. « Cuando se ha visto, me dicen dos juveniles campesinos de Bretaña; cuando se ha visto personalmente lo que hacen esos brutos en los pueblos por donde pasan, es naturalísimo ¿verdad que sí? dar la vida para procurar que no vengan a hacer lo

mismo en nuestros hogares. » Y el constante cañoneo acompaña con voz de bajo profundo esta ingenua declaración.

Ahora bien, de un extremo a otro de esta línea sin fin, se encuentran por doquiera idéntica decisión y análogo valor. Acá o allá, hablar con estos muchachos, conforta y mueve a igual admiración.

Pero resulta extraño pensar que, en nuestro vigésimo siglo, para resguardarnos contra el salvajismo y el horror, hayamos tenido necesidad de instalar, del Este al Oeste de nuestro amado país, semejantes trincheras, duplicadas, triplicadas, extendiéndose sin interrupción a través de centenares de kilómetros, como una especie de muralla de China, cien veces más temible que la verdadera, que preservaba de los mongoles, una muralla que serpentea, casi subterráneamente, a escondidas, y que cuenta como guarnición con la heroica juventud francesa siempre vigilante y siempre ensangrentada...

El crepúsculo vespertino, bajo este cielo nuboso, se prolonga tristemente y no concluye;

me parece que comenzó hace más de dos horas, y, sin embargo, todavía hay luz. Ante nosotros continúa distinguiéndose, o adivinándose, el despliegue, hasta perderse de vista, de dos términos del bosque, de los cuales el más lejano casi ha borrado ya sus contornos entre las tinieblas. La frialdad del viento acrece. Y el corazón se angustia experimentando la impresión más punzante aún de una zambullida, sin amparo y sin recursos, en el fondo de las primitivas barbaries.

— « Mi coronel, ha llegado la hora en la cual, desde hace una semana, recibimos todas las noches nuestro rieguecito de metralla. Si dispone usted de tiempo para detenerse un poco, verá cómo disparan con rapidez y casi al azar. »

No, no dispongo de tiempo, y, además, ya se me han proporcionado con anterioridad ocasiones para ver « cómo disparan con rapidez y casi al azar. » A veces diríase que se trata de fuegos artificiales por pura ostentación, y hay motivo para creer que disponen de proyectiles hasta el extremo de no saber qué hacer de ellos. Sin embargo, gustosamente me detendría un momento

30461

más, para presenciar de nuevo el espectáculo en compañía de estos muchachos.

¡ Ah!... En efecto, rasga el aire un ruido semejante al que produce una bandada de perdices, — de perdices que pasasen muy veloces, con alas de metal. Esto rompe la monotonía del cañoneo sordo que retumbaba hasta hace un momento, y parece que los proyectiles vienen con dirección hacia nosotros. Pero la puntería es excesivamente elevada y sobre todo excesivamente inclinada a la izquierda. De tal manera inclinada en demasía á la izquierda, que con seguridad podemos decir que en esta ocasión no apuntan hacia nosotros : sería preciso que fuesen demasiado imbéciles... De todos modos, cesamos de charlar y permanecemos oído alerta... Una docena de bombas, y después nada más.

— « Ha concluído, me dicen entonces. Ya ha pasado la hora. La función era a beneficio de los camaradas de allá abajo. No tiene usted suerte, mi coronel; esta es la vez primera que nosotros no pagamos el pato... Y, luego, parece como si hoy se sintieran cansados los boches. »

Era noche cerrada y yo debía estar lejos de allí. Además, todos se iban a acostar, sin poder, naturalmente, arriesgarse a encender luces : a lo sumo, las de los cigarrillos. Estrecho muchas manos en la fila, y dejo a los pobres hijos de Francia en su dormitorio que, de repente, con el silencio y la obscuridad, ha adquirido carácter fúnebre, como una larga fosa común en el cementerio.

VI

LA BASÍLICA-FANTASMA

Octubre de 1914.

Para ver a nuestra legendaria y maravillosa Basílica francesa, para decirle adiós antes de su caída y de su irremediable desmoronamiento, hice que mi automóvil militar diese un rodeo de dos horas, al regreso de una comisión de servicio.

La mañana de Octubre era nebulosa y fría. Los ribazos de la Champaña, solitarios entonces, con sus viñedos cubiertos de hojas color castaño oscuro, húmedas por la lluvia, parecían por completo forrados de una especie de badana luciente. Atravesamos un bosque, manteniéndonos ojo avizor y con las armas preparadas, en previsión de un tropiezo con hulanos merodeadores. Y, al fin, hemos vislumbrado, muy lejos,

entre la niebla, irguiéndose en la plenitud de su aventajada talla sobre un semillero de rectángulos rojizos que debían de ser los techos de las casas, una forma inmensa de iglesia : aquella era, evidentemente.

Llegamos a la entrada de Reims : defensas de todas clases, amontonamientos de piedras, trincheras, caballos de frisa, centinelas con bayoneta calada. Para pasar, el uniforme y la graduación militar no bastan; es preciso parlamentar y es necesario dar la *contraseña*.

En la grandísima ciudad, desconocida para mí, pregunto cuál es el camino de la Catedral, porque ya no la divisamos; su perfil que, visto desde la lejanía, se alzaba dominándolo todo, como un castillo de gigantes dominaría a viviendas de enanos, su elevado perfil gris parece que se ha acurrucado para ocultarse. « La Catedral, me contesta la gente, está allá, siga usted primero por ahí, todo derecho; luego, tuerza usted a la izquierda; después, a la derecha, etc. » Y mi automóvil se interna por calles concurridísimas. Hay muchos soldados, regimientos en marcha,

filas de carruajes de ambulancias; pero también hay muchos transeuntes de todas clases, que no revelan ansiedad mayor que si estuviesen en época normal; y hay asimismo muchas mujeres bien vestidas, y con un libro de misa en la mano, porque es domingo.

En una plazuela, se han formado grupos ante una casa cuyas paredes muestran desconchados recientes; es que allí ha caído, hace un momento, una granada, tan sin utilidad, dicho sea de paso, como sin excusa. Simple bromita de brutos, para manifestar : ¡eh, ya sabeis que estamos aquí! Simple entretenimiento, cuestión de matar a unas cuantas personas, eligiendo al efecto la mañana de un domingo, porque hay más gente en las calles. Pero, verdaderamente, creeríase que esta ciudad ha adoptado la resolución y ha adquirido la costumbre de vivir bajo los gemelos feroces y bajo el fuego de los salvajes emboscados en los ribazos vecinos; los transeuntes se detienen un minuto para examinar, en la pared, las huellas de la metralla, y luego continúan tranquilamente su paseo dominical. Nos dicen que ahora

han sido mujeres y niñas las que, por virtud de esta graciosa broma, han sucumbido destrozadas en charcos de sangre. Nos dicen esto, y no se vuelve a pensar más en el asunto, como si se tratase de una insignificancia, en los tiempos actuales...

Ahora el barrio va quedando en la soledad; las casas están cerradas y reina fúnebre silencio. Y, en el extremo de una calle, aparecen las grandes puertas grises, las rasgadas ojivas maravillosamente cinceladas y las altas torres. Ni un ruido, ni un alma viviente en la plaza donde descuella aún la Basílica-fantasma, y donde sopla viento glacial bajo un cielo opaco.

Todavía ocupa su sitio, como por milagro, la basílica de Reims, mas de tal manera acribillada y desgarrada que se la adivina pronta a derrumbarse a la menor sacudida; produce la impresión de una gran momia, erguida y majestuosa aún, pero que con el más leve contacto caerá deshecha en cenizas. El suelo está sembrado de sus preciosos despojos. Se la ha rodeado apresuradamente con una robusta valla de madera blanca, dentro

de la cual su santo polvo ha formado montones; fragmentos de rosetas, cascos de vidrieras, testas de ángeles, manos cruzadas de santas o de santos... De arriba abajo, en la torre de la izquierda, la piedra calcinada ha adquirido un raro color de carne cocida, y las piadosas imágenes, siempre de pie en hilera rematando las cornisas, han quedado como descortezadas por el fuego; ya no tienen rostros ni dedos, y, con su forma humana que persiste a pesar de todo, aseméjense a cadáveres alineados, cuyos contornos sólo resultasen suavemente acusados bajo una especie de sudarios rojizos.

Damos una vuelta por la plaza sin encontrar a nadie, y la valla, que aísla al frágil y aún admirable fantasma, está sólidamente cerrada por todas partes. En cuanto al vetusto palacio contiguo a la Basílica, el palacio episcopal donde se aposentaban los reyes de Francia el día de la consagración, ya no es sino una ruína sin ventanas ni techumbre, completamente lamida y ennegrecida por las llamas.

¡Qué joyel incomparable era esta iglesia, más

bella aún que Nuestra Señora de París, más calada, más ligera, y también más esbelta con sus columnas como larguísimas cañas, asombrosas por ser tan endebles y por contar con resistencia para sustentarse; maravilla del arte religioso de nuestra Francia, obra maestra que la fe de nuestros antepasados hizo florecer en su pureza mística, antes de que hubiesen llegado de Italia, para materializar y afeardar todo, las pesadeces sensuales de lo que se ha convenido en llamar el Renacimiento!... ¡Oh, qué grosera, imbécil y cobarde brutalidad la de esos paquetes de hierro viejo lanzados a todo vuelo contra encajes delicadísimos, que durante siglos y siglos se elevaban confiadamente en el aire, y que tantas batallas, invasiones y tormentas nunca se atrevieron a lastimar!...

Esa casa grande cerrada, con vistas a la plaza, debe de ser el Arzobispado. Voy a llamar en el portón, para pedir el favor de que se me permita visitar la Catedral. « Su Eminencia, me dicen, está en misa, pero regresará muy pronto... Si quiero aguardar... » Y, mientras que aguardo, el

sacerdote que me recibe me cuenta el incendio del palacio episcopal : « De antemano habían regado los techos con no sé qué substancia diabólica, y cuando, inmediatamente después, lanzaron sus bombas incendiarias, las armaduras del edificio ardieron como paja, y por todas partes brotaron chorros de llamas verdes que estallaban con estampido de fuegos artificiales. »

En efecto, los bárbaros habían premeditado y preparado de mucho tiempo atrás este sacrilegio; a pesar de sus pretextos tontamente absurdos, y a pesar de sus negativas desvergonzadas, lo que pretendían aniquilar aquí era el propio corazón de la antigua Francia : alguna idea supersticiosa los impulsaba a ello, tanto cuanto sus instintos de salvajes, y en esta tarea se ensañaron, mientras que, en el resto de la ciudad, nada o casi nada sufrió estragos. — « ¿No sería posible, dije, intentar la substitución de la techumbre quemada de la Basílica y cubrir prontamente las bóvedas, que sin ese auxilio no resistirán al próximo invierno? »

— Evidentemente, me contestó, hay el riesgo

de que todo se derrumbe, cuando lleguen las primeras nieves o las primeras lluvias, y el riesgo es tanto mayor cuanto que estas piedras calcinadas han perdido su resistencia. Pero ni siquiera podemos pensar en hacer algo para que no se produzca el desplome, porque los alemanes no nos quitan la vista de encima; sus anteojos están fijos en la Catedral, siempre en la Catedral, y, tan pronto como asoma un hombre en una torre-cilla o en una torre, vuelve a comenzar en el acto la lluvia de bombas. No, no es posible intentar nada. ¡Sea lo que Dios quiera!»

Al regresar, el Prelado me proporcionó amablemente un guía, provisto de las llaves de las puertas de la valla, y, al fin, penetré en las ruinas de la Basílica, en la nave despojada de ornamentos, y que de tal modo resultaba aún más grande, aún más elevada. Sentíase frío y la impresión era lúgubre hasta arrancar lágrimas. El frío inesperado, ese frío mucho más intenso que el del exterior, es acaso lo que desde el primer momento sobrecoge y desconcierta al visitante; en vez del olor algo pesado que generalmente

subsiste en las antiguas basílicas — efluvios del muchísimo incienso quemado, emanaciones de tantos ataúdes que allí se bendijeron y de tantas generaciones humanas que allí se congregaron, en horas de angustia, para elevar plegarias, — en vez de eso, un viento húmedo y helado que entra zumbador por todas las grietas de los muros, por todas las roturas de las vidrieras, por todos los agujeros de las bóvedas. Estas, reventadas de trecho en trecho, en su parte superior, por la metralla, atraen las miradas; de una manera instintiva, los ojos se levantan inmediatamente para contemplarlas, y se sienten como arrastrados hacia ellas por el brote de todas las columnas, tan delgadas cual juncos, que se lanzan en gavillas para sostenerlas; tienen estas bóvedas curvas que se desvanecen, curvas de exquisita gracia que pudiéramos creer imaginadas para no interrumpir la ascensión de las plegarias, para evitar que descendan las miradas que se elevan en busca del Cielo. No se cansa el visitante de echar hacia atrás la cabeza para ver las bóvedas sagradas que van a anonadarse; y,

además, hay también allá en lo alto, completamente en lo alto, largas series de ojivas casi aéreas, sustentadoras de las bóvedas; ojivas indefinidamente semejantes desde uno a otro extremo de la nave, y que, a pesar de sus calados complicadísimos, constituyen, por su armonía extraordinaria, un descanso para la vista que las sigue en su perspectiva fugaz. Estos enormes techos de piedra, tan ligeros en apariencia y a la vez tan lejanos, no agobian ni encierran: verdaderamente se les creería redimidos de toda pesadez y casi inmateriales.

Y luego, más vale avanzar bajo las bóvedas con la cabeza elevada y no detenerse demasiado a examinar el suelo por donde se camina, porque este pavimento, algo tristemente sonoro, acaba de ser mancillado y ennegrecido con carbonizaciones de carne humana. Sabido es que, el día del incendio, la iglesia estaba llena de heridos alemanes, acostados en lechos de paja que comenzaron a arder, produciéndose entonces escenas de horror dignas de un sueño de Dante; todos aquellos seres, cuyas sangrientas heridas se

quemaban al contacto de las llamas, arrastrábase rugiendo, apoyándose en muñones rojizos, haciendo desesperados esfuerzos para llegar hasta las puertas demasiado angostas. Sabido es, también, el heroísmo de los camilleros, sacerdotes y religiosas, que arriesgaron su vida bajo las bombas, afanándose por salvar a aquellos desventurados brutos a quienes sus propios hermanos alemanes ni siquiera habían pensado en respetar; no fué posible, sin embargo, salvar a todos, y hubo algunos que perecieron carbonizados en la nave, dejando inmundos coágulos en las santas losas por las cuales, antaño, los séquitos de los reyes habían arrastrado lentamente sus mantos de armiño, mientras resonaban los himnos de los cantollanistas y las trompetas de los monumentales órganos...

— « Mire, me dijo el guía, señalándome un ancho agujero en una de las naves laterales, esta es la obra realizada por una bomba que nos lanzaron ayer tarde. Y, ahora, venga usted a ver el milagro. »

Y me condujo al coro, donde, cual si se ha-

llase amparada por gracia especial, permanece intacta la imagen escultórica de Juana de Arco, mostrando en los ojos expresión de dulce éxtasis.

El desastre más irreparable es el de las maravillosas vidrieras, que los artistas misteriosos del siglo XIII habían compuesto religiosamente, en horas de meditación y de ensueño, agrupando por centenares santos y santas con ropajes translucientes y aureolas luminosas. Desencadenándose sobre todo ello y destrozándolo todo, han caído los estúpidos y abultados paquetes de hierro alemán. Obras maestras, que nadie podrá reproducir, han sembrado las losas con sus despojos, formando montones, para siempre imposible de clasificar, los dorados, los carmines y los azules, de cuya fabricación se perdió el secreto. Finadas para siempre las transparencias de arco iris; finadas para siempre las lindas actitudes ingenuas de aquellos personajes y sus pálidas caritas extasiadas; los millares de preciosos fragmentos de las vidrieras que, en el transcurso de los siglos, habíanse irisado poco a poco a la

manera de ópalos, yacen por tierra, donde prosiguen brillando aún como gemas...

Así en la Basílica, como en la desierta plaza que la rodea, reina hoy silencio; y hay silencio de muerte entre estos muros que, durante muchísimos años, vibraron con las voces de los órganos y con los antiguos cantos litúrgicos de Francia. En la mañana de este domingo, el único remedo de música es el zumbido del viento glacial, y, de tiempo en tiempo, cuando sopla con más fuerza, se oye también algo como el ruido que producirían al caer perlas muy ligeras: es que se desmenuzan, sin remedio posible, los trozos que aun quedaban en pie de las hermosas vidrieras del siglo décimotercero.

Todo un ciclo magnífico de nuestra Historia que, en este santuario, parecía continuar viviendo una existencia casi terrestre aunque inmaterial, acaba de ser repentinamente hundido en lo más profundo del abismo de las cosas finadas, de las cuales hasta el recuerdo desaparecerá muy pronto. Por aquí ha pasado la Gran Barbarie, la barbarie moderna de allende el Rhin, mil veces

peor que la antigua, porque se encuentra necia y abominablemente satisfecha de sí misma — y es, por lo tanto, fundamental, incurable, definitiva, — y porque está destinada, si no se la aplasta, a lanzar sobre el mundo una siniestra obscuridad de eclipse...

Verdaderamente, resulta extraño que esta imagen de Juana de Arco haya permanecido erguida en el coro, serena, intacta, inmaculada en medio del desorden, sin que a su veste haya llegado ni el más leve arañazo.

VII

LA BANDERA QUE NUESTRA INFANTERÍA
DE MARINA NO TIENE AÚN...

Diciembre de 1914.

Primeramente fueron enviados a París nuestros queridos marineros, para encomendarles funciones policiacas, para que mantuviesen el orden público, el silencio, la compostura, — y no pude menos de sonreír : ¡ era tan poco adecuado para ellos este papel completamente nuevo que querían hacerles desempeñar !... Porque, dicho sea en confianza, la corrección, en las calles de las ciudades, nunca ha constituido el mérito sobresaliente de mis valerosos amiguitos... No obstante, a fuerza de celo y de adoptar aires formales, fueron cumpliendo casi plausiblemente su misión, hasta el momento en que se les libró